



# El juego grupal como propuesta identificatoria en la psicosis infantil<sup>1</sup>

## Group play as an identification proposal in child psychosis

Juan Pablo Hetzer<sup>2</sup>

*“Para que el niño reencuentre propiamente una palabra personal, necesita antes que nada poder desprender su verdad de los deseos de muerte y de las múltiples formas de alienación en las que se perdió en la fijación con otro”. (Mannoni, 1980, p 24).*

### Resumen

Este artículo expone la experiencia de un abordaje de la psicosis infantil a partir de una estrategia que articula el trabajo clínico en el ámbito del consultorio externo de un hospital público con un dispositivo de juego grupal con pelota al aire libre. Lo que atraviesa esta articulación es el juego como propuesta identificatoria. La invención de este dispositivo clínico grupal y las intervenciones realizadas que se presentan en este trabajo, se inscriben en un proceso de desinstitucionalización de lógicas, de concepciones y prácticas que objetivaron a los niños a partir de una disociación histórica entre infancia y juego. Esta disociación revela un punto donde la institución hospitalaria hacía totalidad.

**Palabras clave:** Hospital – Psicosis infantil – Juego – Propuesta identificatoria – Dispositivo grupal – Intervenciones simbolizantes.

### Summary

This article exposes the experience of an approach to child psychosis based on a strategy that articulates clinical work in the field of the outpatient clinic of a public hospital with a group-play device with outdoor ball. This articulation considers the game as an identification proposal. The invention of this group clinical device and the interventions carried out in this work are part of a process of deinstitutionalization of logics, of conceptions and practices that objectified the children through a historical dissociation be-

<sup>1</sup> El presente artículo fue escrito sobre la base del Trabajo Final Integrador (TIF) de la Carrera de Especialización en Psicología Clínica Institucional y Comunitaria (UNR) “Psicosis infantil y una clínica extramuros. Fundamentos metapsicológicos para una clínica de la psicosis infantil en un abordaje individual y grupal” del que soy autor y que fue dirigido por el Mg. Facundo Blesther.

<sup>2</sup> Lic. en psicología, Especialista en Psicología Clínica, Institucional y Comunitaria, Maestrando en Clínica psicoanalítica con niños (UNR). Docente de la Escuela de posgrado en clínica psicoanalítica de la infancia y la adolescencia (ASAPPIA–APSFL). Tutor de prácticas hospitalarias. Correo electrónico: juanpablohetz@gmail.com (Santa Fe, Argentina).

tween childhood and play. This dissociation reveals where the hospital institution works as a total institution.

**Keywords:** Hospital – Child psychosis – Game – Identification proposal – Group device – Symbolizing interventions.

## Introducción

Cuando irrumpe la psicosis en la institución que sea, familiar, escolar o de salud, la respuesta consiste en instrumentar la manera de silenciarla. La psicosis infantil asusta y desconcierta. No obstante la vigencia de una normativa de avanzada, persiste un aparato ideológico que se erige como protección contra la locura. Tendemos a rechazar nuestra locura, y eso reprimido en nosotros es lo que viene a ser interpelado en el decir y en el hacer del niño y el adulto locos. En virtud de esto es que la exclusión siga siendo el mecanismo brutal para abordar la locura, la segregación, pero también la sofocación medicalizante, la agresión medicamentosa. Hasta el año 2003, en la institución donde llevamos a cabo nuestra práctica existió una sala de internación paidopsiquiátrica cuya función de depósito de la niñez loca y desafiada se materializaba en la fijación mecánica y química de los cuerpos. La mayoría de los modos históricos y actuales de la asistencia a la población infantil privilegiaban obturar la palabra, el grito, el juego, el movimiento de los niños, es decir, todo aquello que posibilite la emergencia de lo inconsciente. El escenario en el que el psicoanálisis se ve llevado a actuar pone en riesgo muchas veces las condiciones necesarias para su existencia misma, y esto se revela con mayor nitidez cuando se trata de la psicosis infantil. En otros términos, si hay un punto en el cual la institución hospitalaria donde se desarrolla nuestro trabajo con niños hace totalidad es

en la disyunción histórica entre infancia y juego. Fue precisamente esta disyunción lo que –como psicoanalistas– nos vimos obligados a hacer estallar en diferentes momentos y de diversas maneras desde hace más de 15 años a esta parte, resituando la función estructurante del juego en la infancia, promoviendo procesos de resubjetivación de la niñez arrasada e instalando lugares de referencia. Esto se realizó a partir de la introducción de una caja de juego al consultorio externo, en primera instancia; la propuesta de abordaje clínico grupal a través de un dispositivo de juego con pelota al aire libre, después y; luego, como efecto de una relectura de las necesidades de salud de la población infantil, la fundación de una Ludoteca como un espacio abierto a la comunidad de niños de la zona noroeste de la ciudad de Santa Fe –con el propósito de crear las condiciones necesarias para promover procesos de simbolización de la experiencia y el traumatismo. Aquella relectura dio lugar a un replanteo sobre la práctica que permitió detectar la necesidad de pensar una propuesta para la población infantil que habilite al juego y se mantenga a resguardo de la patologización del sufrimiento. En eso consiste el dispositivo *Ludoteca*. Los tres movimientos mencionados se inscriben en un proceso de desinstitucionalización de lógicas, de concepciones y prácticas que objetalizan a los niños. El análisis en profundidad que haremos de un material clínico será el eje en torno al cual se podrán visualizar los dos primeros.

La hipótesis principal que condujo la experiencia realizada hace una década y que se constituye en el asunto de este artículo, pasaba por demostrar si era posible que un dispositivo clínico de juego grupal al interior de la institución hospitalaria permitiera la inclusión de un niño cuya estructuración psíquica era a dominancia psicótica y si esta inclusión podía aportar otra complejidad al abordaje clásico



individual de consultorio externo. Este intento de poner a prueba una estrategia clínica extra—muros tuvo lugar en el marco de reubicar la problemática de la asistencia a niños en un hospital psiquiátrico que operó históricamente disociando infancia de juego. Esta era la pregunta que teníamos en aquel momento y a partir de ella escribimos un trabajo titulado: “Psicosis infantil y una clínica extramuros. Fundamentos metapsicológicos para una clínica de la psicosis infantil en un abordaje individual y grupal”.

Cuando el psicoanálisis comienza a introducirse en las instituciones de salud estatales se encuentra con una serie de problemáticas y de patologías graves en la infancia que obliga a revisar la clínica enfocada en cierta infancia burguesa que llega a los consultorios privados y a redoblar los esfuerzos por desmarcarse de intervenciones de naturaleza pedagógica y adaptativa; el psicoanálisis también debe empezar a dialogar e intervenir junto a otras disciplinas. La institución hospitalaria ofrece una ocasión para ello al mismo tiempo que genera un andamiaje refractario a la emergencia del sujeto del inconciente, es decir, se tolera al psicoanalista a condición de no demandarlo en las funciones que le son propias. La inexistencia de materiales para jugar en un Servicio de Psicología infanto—juvenil constituye un ejemplo.

### **Lo mortífero como condición de la psicosis y el devenir del trabajo analítico con Manuel**

A mediados de mayo de 2008 recibí a los padres de Manuel<sup>3</sup>, que por entonces contaba con nueve años de edad. María y Luis —nom-

bres que les daremos para este artículo— refirieron en aquel momento que su hijo había sido suspendido de la escuela por agredir a su docente y a compañeros —mordía y golpeaba con palos—; pero también presentaba autoagresiones —se golpeaba la cabeza contra la pared—, tanto en la escuela como en la casa donde vivía, en condiciones de indigencia, junto a sus padres, hermanos y abuelos del padre de Manuel. Agregaron que Manuel escuchaba voces y veía niños extraños deambulando por la casa. La madre confesó que ella también escuchaba voces que le decían que se mate.

Al intentar poner en historia aquel motivo de consulta aparecieron elementos significativos: el tiempo del embarazo y la primera infancia de Manuel habían sido muy complicados. María había recibido golpes de su pareja de entonces, padre biológico del niño, porque el hombre no quería que ella siguiera con el embarazo. Ella logró separarse y volvió con Luis, padre de su hijo mayor, quien reconoció a Manuel como propio y con quien tuvo dos hijos más. María pudo decir que ella misma dañó a Manuel en varias oportunidades: a los cuatro años le cortó la mano con una tijera y lo quemó “sin querer” con agua hirviendo, y que el resto de la familia “lo discrimina por ser el más morocho de todos y por ser hijo de otro padre”. Y apareció otro dato finalmente: desde que Manuel tiene seis años le pide a Luis que eche de la casa a María.

Con el propósito de ofrecer un panorama de conjunto, delimitaremos tres tiempos en los cinco años del devenir del trabajo analítico que nos hemos dado con Manuel, y a continuación iremos puntuando lo trabajado a partir del juego en algunas entrevistas que seleccionamos por su fecundidad clínica:

- I. Un primer tiempo crítico, marcado por una notable desestructuración: presencia de sintomatología positiva (alucinaciones auditivas, visuales y cenestésicas); auto y

<sup>3</sup> Hemos dado este nombre al niño y modificado algunos datos para resguardar la confidencialidad.

heteroagresiones; pesadillas; descoordinación motriz como efecto de severas fallas en la estructuración de una instancia que tome a su cargo la representación unificada del propio cuerpo en el espacio.

Durante este primer momento el estatuto de sus primeros dibujos (como intento de ligazón para los elementos alucinatorios), juegos (sin bordes ni frenos) y sueños (en los que se hallaba hiperpresente la temática de la muerte propia y de quienes lo rodean) requirió intervenciones que propiciasen simbolización (enlace a lo acontecido) y no deconstrucciones de sentido (interpretación del sentido oculto o fantasía inconciente, como cabría en las neurosis, donde se halla reprimido un contenido que se expresa simbólicamente en el síntoma al modo de un enlace falso). Aquí el papel de la construcción, como aquel tipo de intervención en la que el analista genera simbolización y sentido para algo que nunca lo tuvo asumió un valor importante.

- II. Un segundo tiempo de inestabilidad, luego de un año y cuatro meses de tratamiento con sesiones dos veces por semana e inclusión en un dispositivo de juego grupal. Hubo una remisión parcial de la sintomatología positiva y en este tiempo se concretó la construcción de otra habitación en la vivienda como efecto de una gestión realizada conjuntamente con la trabajadora social y que asumió el valor de una intervención clínica. Se incluyó en la estrategia al operador comunitario del centro de salud del barrio para que recordara a la madre tomar la medicación para ella y su hijo. Se realizaron visitas a la escuela para trabajar con la docente el papel que cumple la transferencia. Manuel pasó de grado. Pudo hacer amigos. La madre comenzó y sostuvo un trata-

miento con un psiquiatra.

- III. Y, finalmente, un tercer tiempo de compensación. A dos años y medio de iniciado el proceso se retiró la medicación. Se lograron niveles de organización psíquica más estables, mayor organización del preconsciente, del yo y de las defensas, contra un pronóstico de evolución a déficit. Esto se evidenciaba tanto en el hecho de tomar la palabra y hablar en nombre propio, como en el carácter de sus producciones: en el juego dentro del consultorio y en el contexto grupal, en sus dibujos y sueños, así como también en los progresos escolares.

### **I. El juego en el espacio individual: intervenciones simbolizantes**

En la primera entrevista con Manuel se puso de manifiesto el trabajo de figurabilidad de lo mortífero al que estuvo obligado en su primera infancia. Habló inicialmente sobre los juegos de computadora remarcando en varias oportunidades el hecho de “ser comido vivo” por los dinosaurios, o “ser quemado vivo”, “aplastado o explotado”. Dijo, luego, que su madre le golpeaba con un palo y que él había estado a punto de morir antes de nacer “porque a mi mamá le pegaron una piña en la panza”. Este hecho que refirió Manuel formó parte de la realidad histórica y fue algo que su madre le transmitió sin mediaciones. De este modo, imprimió a los elementos que podrían formar parte de las teorías del niño sobre sus orígenes, un carácter persecutorio, de realización de un sentimiento de odio sobre su existencia intrauterina de la pareja de ella en ese tiempo. Esto hace pensar en lo que Aulagnier (2004) plantea con respecto al problema del origen:



Diríamos que la pregunta “¿Cómo nacen los niños?” equivale a “¿Cómo nace el Yo?” y que este último espera que la respuesta proporcione el texto del primer párrafo de la historia en la que debe poder reconocerse: en efecto, solo ella puede dar algún sentido a la sucesión de todas las posiciones identificatorias que puede ocupar. (p.197)

Ante esta comunicación materna que proponía un enunciado sobre su origen ligado a la hostilidad del medio que lo recibe, con el propósito de delinear un proyecto terapéutico podríamos preguntar ¿cómo se historizaba Manuel?, ¿qué impacto produjeron estas propuestas identificatorias en el armado del Yo?, ¿qué incidencia tuvo en Manuel este discurso formador del espacio simbólico al cual advino?

En ese primer encuentro el niño refirió también que a los dos años casi se cae dentro de un pozo muy hondo. ¿No podría ser esto algo del orden de una angustia de aniquilamiento sentida terroríficamente? O para decirlo con otras palabras, la sensación de caer al vacío –tal como observara Winnicott– ¿no atestigua en les niños una falla en el acunamiento?

Contó, también, que la noche anterior había tenido “pesadillas”: a su abuela la atropellaba un auto, se despertó y no se pudo dormir más. Luego habló de la escuela: tuvo que defenderse solo de siete chicos que le pegaban y su maestra no hacía nada. Entonces, él tomó un palo y la golpeó. Por eso –dijo– lo suspendieron. Manuel empleaba correctamente los tiempos verbales y la primera persona del singular. El tono de su discurso era bajo y monocorde.

En la segunda entrevista Manuel dijo que siempre tenía “pesadillas”. Esa vez había soñado que su madre era atropellada por un auto y esto lo despertó. Refirió que su madre le había contado que cuando él nació la en-

fermera le había apretado la cara y por este motivo él cree que tiene pesadillas.

En esto que le cuenta su madre es posible ubicar otro elemento del orden de un acto amenazante realizado sobre su cuerpo en el momento mismo del nacimiento que reforzaba en Manuel la percepción de la hostilidad del medio que lo recibió. Lo invité a jugar. Mientras jugaba con los muñecos y animales a que se mataban entre sí, dijo que por las noches se le aparecían unas caras horribles, “cabeza hueca, con ojos rojos, orejas de lobo y boca de toro” que le decían: “Manuel, veni”.

En la entrevista siguiente él pidió jugar. Todos los juguetes –entre ellos, soldados y animales–, se mataban y se “acribillaban” a balazos. Le señalé su insistencia respecto de la muerte y respondió: “Yo veo las cosas que pienso, y si pienso en que se muere alguien o que se matan a tiros y hay sangre, todo eso lo veo en la pared de la pieza”.

Si analizamos este fragmento de discurso, pareciera que el sistema percepción–conciencia queda perforado desde el interior, debilitando la censura entre inconsciente y pre-consciente. “En la censura entre Icc y Prcc, que precisamente el sueño nos obligó a suponer, hemos reconocido y honrado entonces al guardián de nuestra salud mental” (Freud, 1998, p. 559).

Añadió, luego, que soñaba con zombis, con sangre y con que su hermana era una tortuga y que él salía a matar zombis. Después agregó que soñó “todo negro”. Y más tarde relató otro sueño: “Mi mamá caminaba para atrás y mi hermano estaba muerto”. Se despertó tres veces durante esa noche. Estos sueños lo asustaban mucho.

La frecuencia del fracaso de la función del sueño, en este caso, puede relacionarse con que el soñar se vincula con la realización de deseos mortíferos, que ponen en riesgo al objeto amado, o al yo. Silvia Bleichmar (2001)

afirma que “en algunos niños con perturbaciones severas, los sueños presentan un bajo nivel de distorsión de estos deseos mortíferos” (p. 169), y los trastornos del sueño y el insomnio operan “como una forma de preservarse de la angustia terrible que produce el estar sometido a movimientos deseantes inconscientes que no pueden ser controlados” (p.169).

En la cuarta sesión, comentó que el día anterior había roto una ventana de la escuela y golpeado a un compañero que lo molestaba. Refirió que su mente le decía que pegase al que lo molestaba o que encerrara a la maestra en el salón. “Ella no me quiso dar besos como a los otros chicos y tampoco me corrige nada de mi cuaderno”, dijo respecto de la maestra, y agregó que lo habían llevado a la dirección donde oyó las voces de siempre: “Manuel veni...” Entonces pidió que llamaran a su papá. Resulta importante aquí retener este punto y algunos otros en los cuales el niño pidió por su padre, ya que representa un índice tomado para una serie de intervenciones en el registro de la problemática identificatoria que apuntó a ligarlo al padre, descapturándolo del veredicto materno.

Al interior de este primer tiempo crítico tuvo lugar una serie de sesiones cuyas notas más significativas transcribiremos a continuación:

Manuel trae un sueño en el que su padre “miraba para otro lado”. Esta imagen lo despierta. Construye una torre con piezas de encastre (es la tercera vez que la hace) muy endeble. Lo ayudo y tratamos de relacionar esto con el hecho de que algunas veces él siente que sus pensamientos se derrumban junto con él. / En la escuela no quiso hacer nada y se puso a gatear en el aula. La escuela solicita informe del psicólogo. En diálogo telefónico, la directora de la escuela relata: “de la nada se golpea o quiere cortarse con una tijera y ha

dicho a sus compañeros que quiere matarse. Arroja objetos y grita”. “La madre siempre viene aquí muy desequilibrada, amenazando de muerte a todos”. “Está suspendido”. / Manuel dice que se siente muy triste cuando los compañeros lo insultan. “Negro loquito”, le dicen. Enunciados como este se repiten también cotidianamente en el contexto familiar.

Este material nos hizo pensar en el papel que cumple el registro sociocultural y la realidad histórica tal como destaca Aulagnier (2004). Si en la escena de la realidad surge con repetida insistencia un acontecimiento “que pone en acto una puesta en escena fantaseada –¿qué se representa Manuel sobre sí mismo cuando se le proponen estos enunciados estigmatizantes?– se producirá un potenciamiento entre ambas” (p.238. el texto entre guiones es propio), un redoblamiento de un enunciado identificatorio antecedente, con el riesgo de quedar fijado a él. En otros términos: algo proveniente del exterior (en este caso no es sólo el rechazo manifiesto de la directora, los compañeros de escuela y algunos de sus familiares directos, sino también del conjunto social que expulsa a la pareja parental de la inscripción en el tejido social<sup>4</sup>) rearticula las vivencias traumáticas previas –las agresiones de las que fue objeto desde su vida intrauterina y por parte de su madre en la primera infancia– y constituye el núcleo a partir del cual lo no simbolizable deviene patógeno.

Antes de llegar a sesión vio a una persona “invisible” con ojos grandes y deformados que le habló, pero él no le entendió bien. Aunque con él estaba su padre, sólo Manuel pudo verla y nadie más. Cuenta que se cayó una vez a un pozo y que casi se ahoga. Agrega que cuando era chico su mamá le cortó la

<sup>4</sup> Por inscripción en el tejido social, entendemos hechos como, por ejemplo, tener un trabajo, que de no ocurrir, arrojan a las personas a vivir en condiciones de indigencia.



mano con una tijera luego de que él le recortara una revista de ella. Muestra una cicatriz considerable.

En las vivencias corporales de Manuel, volvemos a encontrar un refuerzo a su percepción de la hostilidad y la amenaza del medio, lo cual acarreará cierta dificultad para la catectización autónoma del propio cuerpo<sup>5</sup>. Estos hechos efectivamente vividos sostienen la pregunta sobre cómo pensamos el modo con el cual el traumatismo se inscribe en cierto momento de la estructuración psíquica y las formas posibles de simbolización que debemos producir en un análisis. ¿Cómo se interpreta algo que proviene de afuera y comienza a operar al interior del aparato psíquico? Tomaremos el planteo de Bleichmar (2001) respecto del problema de poner en palabras aquellas inscripciones que resultan de lo real externo y que se transforman en fuente excitante que empuja a la repetición. La autora se refiere a elementos de lo real que no logran reabsorción ni retranscripción y que aparecen bajo modos no metabólicos en el juego y en el discurso. Será posible advertir que son muy frecuentes las referencias al cuerpo golpeado y accidentado o agredido que Manuel trae tanto al espacio individual como, luego, al contexto grupal. Se presenta efectivamente con el cuerpo lastimado por raspones, picaduras, quemaduras o caídas.

Vuelve a decir que vio “al tipo” y este le dijo que lo iba a matar. Lo ve en cualquier momento del día y, además, lo sueña. Se intenta articular este relato de Manuel con las agresiones de las que fue objeto por parte de su propia madre. Se le pide que dibuje “al tipo”.

Dice que vio al “Maldito” (le puso ahora un nombre al “tipo”), que lo tocaba y le decía: “Manuel, vení”. Luego relata un sue-

ño en el que su madre “caminaba para atrás en un cementerio” y lo llamaba con las mismas palabras que oye del “Maldito”. Dibuja el sueño. “Muchas veces vos me hablás de la muerte –intervengo– y me decís que te pone mal. También escuchas a tu mamá que quiere matarse o que quiere matar y sentís miedo, y varias veces tu mamá te lastimó. A lo mejor el Maldito que vos ves pueda ser tu mamá, esa que tenés dentro de tu cabeza con la que soñaste ayer”. Enseguida toma los elementos de la caja de juego y juega a que una tortuga grande se come a otra más chiquita. Quizá podamos pensar que este juego confirma la posición de sometimiento y aniquilamiento en la que queda respecto de su madre.

Se inaugura un juego que, asumiendo en el desarrollo del proceso terapéutico una organización más compleja, se repitió durante meses: el “juego de las carreras”. Consiste en desembolsar sobre la mesa los animales y muñecos formando una suerte de montículo en el centro, alrededor del cual circulan velozmente muchos autos que se chocan, dan tumbos, se incrustan en el montón de animales y muñecos que offician de público y que se encuentran en el centro de lo que aún no sería una pista en sentido estricto. El público resulta siempre lastimado y muchos mueren, al igual que los conductores.

De la escuela envían una nota en la que consta que el niño continúa agrediendo a los compañeros y que ha mordido a la maestra. Manuel expresa que el “Maldito” le dijo que la mordiera. Se dispone a jugar con piezas de encastre pero comenta que desde ayer lo viene siguiendo un fantasma, de color marrón, que se hace invisible y que lo empuja para que él lo mire. Mientras ubica unas piezas expresa: “¿Ves? Ahí está, y recién me empujó el brazo, por eso se me cayó la torre. No quiero que se me aparezca más”.

<sup>5</sup> Será posible observar esta dificultad cuando analicemos la posición de su cuerpo en el espacio de juego grupal con pelota al aire libre.

Menos inofensiva es la situación cuando el desplazamiento de fuerzas no es producido por la relajación nocturna del gasto de fuerzas de la censura crítica, sino por un debilitamiento patológico de esta o por un refuerzo patológico de las excitaciones inconcientes, mientras el preconciente está investido y las puertas de la motilidad están abiertas. En tales casos, el guardián es yugulado, las excitaciones inconcientes someten al Prcc, y desde ahí gobiernan nuestra habla y nuestra acción o fuerzan la regresión alucinatoria y guían el aparato, que no les está destinado, en virtud de la atracción que las percepciones ejercen sobre la distribución de nuestra energía psíquica. A este estado lo llamamos psicosis. (Freud, 1998, p. 559–60).

Manuel juega el juego de las carreras: animales y personas están dentro de un cerco fragmentado y alrededor dan vuelta unas camionetas jugando carrera. Chocan y rompen aún más el cerco, se caen de la mesa porque no llegan a frenar, dan tumbos. “Con este juego vos estás mostrando algo que le pasa a tu cabeza, que parece que a veces no tuviera un cerco firme dejando que tus pensamientos salgan afuera y se confunda lo que pensás y soñás con lo que ves cuando estás despierto”, señalo. Me mira y expresa: “Vamos a armar un cerco bien fuerte”. Hacia el final de la sesión, mientras guarda los juguetes dice: “Ahora mis pensamientos van a quedar adentro mi cabeza”, a lo que agregó: “Para eso venís vos acá conmigo, para que yo te ayude a organizar tus pensamientos”. Como vemos, acá se completa la intervención, reconduciéndola a la transferencia.

Juega a que una camioneta irrumpe contra una casa y derriba las paredes. Se aporta

simbolización: lo que ingresa atravesando su cabeza son algunas palabras de la madre y los daños que ha hecho en su cuerpo. Modela con plastilina algunas personas (muy precariamente, no se sostienen erguidas y se despedazan porque son frágiles). Dice: “Antes estaban muertas y ahora las construyeron”.

La madre comenta que el otro día Manuel se levantó “sonámbulo” y les preguntó si era de noche porque él había soñado que el sol explotó. Cuando ingresa Manuel cuenta espontáneamente que soñó con una mancha negra y violeta que lo agarraba todo. Se le ofrecen elementos para que dibuje. Mientras dibuja, el niño agrega que en el sueño apareció una mancha negra y él miró al sol pero este “se achicó y explotó lanzando como meteoritos” que alcanzaron a su hermanita, quien se quemó y lloraba.

Entre los indicadores fenomenológicos que se corresponden con las llamadas psicosis de la segunda infancia, se encuentran las “manifestaciones de ruptura con la realidad”. Este índice, entre otros, está comentado por Bleichmar en “Psicoanálisis Extramuros” (2010). La autora lo pone en correlación con lo que denomina “fragmentación del campo de la realidad” (p.107) y sostiene que es posible rastrearlo en la conducta del niño, en su lenguaje pero también en sus producciones gráficas. “La explosión del campo de la realidad es siempre una explosión del mundo interno, y se registra también en el dibujo, que va de lo más a lo menos estructurado” (p. 107). Y agrega que podremos apreciarlo en la figura humana, en el dibujo de los objetos y también en la construcción del espacio.

Cabe mencionar brevemente en este lugar aquello que desde el psicoanálisis llamamos “examen de realidad” y que Freud trabaja, entre otros artículos, en “Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños” (1915). La prueba de realidad podría definirse como



aquello que distingue una representación fuertemente investida del objeto, de su percepción. Es decir, un dispositivo que permite realizar una discriminación entre las excitaciones externas y las excitaciones internas. El caso de Manuel nos permite inferir, teniendo en cuenta las relaciones entre la represión originaria y el principio de realidad, que las fallas en la diferenciación entre el interno–externo (sistema Icc) y el externo–exterior dificultan una organización definitiva entre el adentro y el afuera.

Resulta conveniente añadir un elemento más a los fines de analizar metapsicológicamente la producción onírica de Manuel, que tiene que ver con lo que Freud (1998) señala respecto de las fallas en la función del sueño.

Bajo determinadas circunstancias, el sueño sólo puede imponer su propósito de manera muy incompleta o debe resignarlo del todo; la fijación inconsciente a un trauma parece contarse entre los principales de esos impedimentos de la función del sueño. Al par que el durmiente se ve precisado a soñar porque el relajamiento de la represión permite que se vuelva activa la pulsión aflorante de la situación traumática, falla la operación de su trabajo del sueño, que preferiría trasmudar las huellas mnémicas del episodio traumático en un cumplimiento de deseo. En tales circunstancias acontece que uno se vuelve insomne, que renuncie a dormir por angustia frente a los fracasos de la función del sueño. Pues bien, la neurosis traumática nos muestra un caso extremo de ello, pero es preciso conceder carácter traumático también a las vivencias infantiles. (p. 27–8).

En una entrevista pedida por el padre, refiere que el grado de alcoholismo de sus

abuelos es cada vez más preocupante y que los episodios de agresiones entre los adultos son muy frecuentes en la vivienda. Informa que cuentan con una sola habitación que sirve de comedor y dormitorio para seis personas, y que hay días que no tienen para comer dado que la paga como changarín es muy baja. A pesar de esta situación, el padre relata que los fines de semana lleva a Manuel a jugar con él a la pelota en un campito del barrio y nota que su hijo se pone contento. Se pauta una visita con la trabajadora social para relevar el estado de la vivienda y gestionar recursos.

## **II. Dispositivo clínico de juego grupal: fundamentos y criterios de inclusión**

Durante el primer tramo del análisis con Manuel se instaló algo del orden de lo privado, donde a través del juego y del dibujo se pudieron trabajar los aspectos más desestructurados, ofreciendo elementos para un proceso de descualificación y recomposición de lo proveniente del lado de su madre que impacta en su psiquismo al modo de un traumatismo. Una vez constituido este espacio privado, nos preguntamos por la pertinencia de su inclusión en el dispositivo de juego grupal. Si el juego en el consultorio venía posibilitando un ordenamiento para el adentro y el afuera de su psiquismo, ¿qué riesgos tomaríamos al ofrecer jugar en un espacio abierto?, ¿el jugar en grupo posibilitaría trabajar desde otro enfoque las representaciones que Manuel tiene del cuerpo propio?, ¿estaba en condiciones para jugar con otros pares y admitir legalidades de un juego compartido?, ¿qué valor de simbolización podía tener esa experiencia para él? Además, en el transcurso del apartado anterior, destacamos algunos indicadores significativos que permitieron caracterizar la relación de Ma-

nuel con su padre. Recordemos: el niño expresa el deseo de que su padre eche de la casa a la madre; cuando escucha voces en la escuela pide que llamen al padre; juega con él a la pelota y esto lo pone contento; se despierta angustiado cuando sueña una noche que su padre “miraba para otro lado”. A partir de estos índices se construyó toda una serie de intervenciones en el registro de la problemática identificatoria, que apuntó a ligarlo al padre:

La posibilidad del yo de catectizar emblemas identificatorios que dependen del discurso del conjunto y no ya del discurso de un único otro es coextensa con la modificación de la problemática identificatoria y de la economía libidinal después de la declinación del complejo de Edipo. A partir de este momento, nuevas referencias modelarán la imagen a la que el yo espera adecuarse. (Aulagnier, 2004, p.168).

Como propuesta de asistencia a la población infantil en la institución hospitalaria, el juego en grupo estaba siendo ensayado en el momento que decidimos incluir a Manuel. Veníamos pensando lo que Volnovich ubica con respecto al fútbol como un juego que aporta a la organización de la identidad masculina, entonces probamos una oferta que pasara por reunirnos con algunos de los niños pacientes de consultorio externo a jugar en la canchita del Hospital. Volnovich (1998) afirma que el fútbol viene a cumplir una función restitutiva de la distancia que –como imperativo del patriarcado– se establece entre el cuerpo del padre y el cuerpo del hijo. Citamos:

El patriarcado construye un abismo entre el cuerpo del padre y el cuerpo del hijo. El cuerpo inaccesible del padre marca, con una distancia insalva-

ble, el cuerpo del niño que, a su vez, reclama –siempre reclama– la ausencia del cuerpo del varón. Tal vez, la identidad masculina tradicional que el fútbol aporta, no sea otra cosa que el grito de protesta con el que el cuerpo a cuerpo intenta rellenar un hueco, disimular ese vacío, compensar esa distancia. (p.11).

Estaríamos “abriendo la cancha” a una suerte de trabajo de filiación por la vía del valor social que los adultos –estadísticamente los padres– otorgan al juego del fútbol, trabajo que nos pareció necesario proponerle a Manuel. La referencia constante de los niños a los adultos varones significativos deviene un analizador del lazo filiatorio y terreno del juego identificatorio. La problemática de la agrupabilidad de los niños requeriría un examen que va más allá del valor del juego del fútbol como facilitador de los trabajos psíquicos propios de la asunción de la identidad masculina en tanto presta un conjunto de insignias y enunciados que mayormente identifican a los varones. Por el momento digamos que los niños que invitamos a formar parte del grupo se hallaban enfrentados a tareas psíquicas comunes de este momento de la vida, que tienen que ver con los modos singulares de resolución de las tensiones a las que expone el proceso de socialización. Y a Manuel estas tareas no le eran ajenas.

Teniendo en cuenta el derecho a la singularidad en el marco de lo colectivo<sup>6</sup>, una de las condiciones para la inclusión al grupo era que cada niño cuente con su espacio de análisis personal. Es decir, habiéndose instalado algo del orden de lo privado con el niño donde es posible el análisis de la transferencia y de sus propios fantasmas que hallan modos privile-

<sup>6</sup> Carlos Schenquerman, *Perspectiva psicoanalítica de lo Grupal*, inédito.



giados de plasmación en el juego y el dibujo podría pensarse, según la singularidad del caso, su inclusión en el dispositivo de juego grupal con pelota al aire libre. Manuel cumplía este requisito.

El dispositivo consiste en que cada quince días citamos a los niños en el consultorio externo y de ahí, luego de saludarnos y de escribir en unos afiches la fecha y los nombres de los presentes, nos vamos camino a la cancha que tiene el Hospital para jugar fútbol durante una hora. Al término del partido nos sentamos en ronda para que en una suerte de asamblea de niños tenga un lugar principal la circulación de la palabra, donde cada cual hablará sobre como jugó y como jugó el otro.

Señala Volnovich (1998):

Si un jugador no se controla suficientemente, existe la posibilidad de transgredir las reglas y, entonces, la victoria será para el equipo contrario. Si un jugador —con la mejor intención de respetar las reglas— se reprime en exceso, verá afectado su rendimiento, debilitará su impulso, limitará la frescura de su creatividad y su inventiva. (p.11).

Es decir, en el marco de esta tensión que el juego le plantea a cada niño, intervenimos desde el juego mismo, asumiendo un papel en una realidad ficcional ya sea como un jugador más o como reporteros relatores del partido. Intervenimos además desde el lugar de árbitros del juego marcando las reglas pero también interrumpiendo el partido a los fines de trabajar con un niño en particular en dirección tanto a la dinámica intrapsíquica como al registro intersubjetivo. Por ejemplo: “Si vos no te dejás ver y no salís de atrás del cuerpo del rival, resulta difícil que el otro pueda pasarte la pelota” (analizando la no separación y la posición de borramiento del cuerpo en el

otro). “Para que logres hacer un gol es necesario ir al encuentro de la pelota y no quedarte siempre a recibirla” (el juego exige buscar el intercambio). “Para dar un pase muchas veces hay que frenarse y parar de correr” (apelando a una instancia que regule los movimientos). “No es lo mismo para el grupo que uno de los jugadores no participe” (la ausencia de uno de los miembros da lugar a la pregunta por la falta y lo que esta deja abierto en lo que respecta a la tarea en común que un grupo lleva adelante, es decir, el desarrollo mismo del juego).

Las intervenciones tienen diferentes estatus, la mayoría de ellas apuntando a señalar cuestiones que hacen al registro intersubjetivo y la dinámica que se despliega en el intercambio con los otros al interior del grupo. A las ya mencionadas podríamos agregar aquellas del estilo: “Fulanito, vos le dijiste/hiciste tal cosa a Menganito... ¿cómo pensás que se sintió él cuando pasó eso?”, por ejemplo en ocasión de que uno haya agredido verbal o físicamente a otro. Estas intervenciones apuntan a producir una identificación del niño con los otros, respecto a los efectos que puede tener sobre sus compañeros lo que él dice o hace. Es decir, a construir algo del orden de la noción del otro como semejante que en definitiva no es otra cosa que instalar los prerequisites del sujeto ético.

En síntesis, y entendiendo la necesidad del juego en la construcción de un lugar psíquico para alojar la experiencia cultural según la serie: experiencia de satisfacción, primera posesión no—yo, espacio y fenómenos transicionales, juego, experiencia cultural, el dispositivo de juego grupal al que invitamos a Manuel se proponía como:

- a— Un lugar de cuidado y ligazón amorosa al semejante, en condiciones en las que hay un adulto que cuida, que mira, que escucha, reconoce y pone legalidades.
- b— Soporte identificatorio por fuera del grupo familiar. En este punto la importancia del

juego en grupo no radica sólo en que promueve lazos eróticos y opera en los niños como facilitador de los trabajos psíquicos propios de la asunción de la identidad masculina en tanto presta un conjunto de insignias y enunciados que mayormente identifican a los varones, sino que al proponerse el juego del fútbol lo hacemos reconociendo en él una actividad valorizada socialmente y que en muchos casos oficia como proyecto identificatorio deseable por cierta parte del conjunto social para los niños y jóvenes.

c– Un tiempo de creación compartida en el marco de una serie de reglas.

Al llegar a este punto podemos preguntarnos: ¿habría contraindicaciones para proponerle a Manuel el dispositivo de juego grupal? Armando Bauleo, en una entrevista realizada por A. Vainer (2002), sostenía que todo paciente es agrupable hasta que se demuestre lo contrario y que es la dinámica del grupo la que decide quién se queda y quién se va. Afirmaba también que en un grupo se dan cualidades del sujeto que no se ven en lo individual y, por lo tanto, no recomendaba hacer diagnósticos definitivos por fuera de la situación grupal. Entonces ¿sería indicado incluir en este dispositivo a un niño cuya estructuración psíquica es a dominancia psicótica? ¿Por qué? ¿Qué pretenderíamos trabajar con Manuel a partir de este juego grupal? ¿Acaso no es sabido que el estatuto de las intervenciones tiene un carácter distinto cuando se trata de una psicosis que cuando se trata de una neurosis?

Decidimos valernos del *llamado al padre* que hace Manuel como otro criterio que justificaba, en este caso singular, la inclusión al grupo<sup>7</sup>. De este modo, le facilitamos una ligazón al padre en tanto este tiene un deseo

por el fútbol y representa para él una práctica socialmente valorizada. Por la vía del soporte grupal, que también expresa un deseo por la práctica del fútbol, generamos las condiciones para la identificación al padre, portavoz, en este caso, del conjunto social.

En los comienzos de la experiencia grupal era notable la dificultad de Manuel para ubicarse en la cancha, ubicar su cuerpo y el de los otros, frenar a tiempo para no chocar al adversario. Parecía no poder controlar sus movimientos y cuando resbalaba, rodaba indefinidamente. No miraba al otro para hacer un pase. Las intervenciones estuvieron dirigidas a establecer un borde entre su cuerpo y el espacio, a propiciar cierto control de su musculatura e instalar la presencia de los otros de modo que lograra su registro durante el partido. Además, recogimos las manifestaciones que surgían en el juego grupal para trabajarlas en el consultorio. Esto permitió una suerte de ampliación de la clínica *ligando lo que jugaba en la cancha con lo que jugaba al interior de su espacio individual*: “Esto que le pasa a los muñecos de plastilina, que no se pueden sostener parados y se le salen las piernas o los brazos, puede tener que ver con lo que vos sentís a veces cuando en la cancha no podés controlar tus movimientos y te chocás con los chicos, o cuando te caés y no dejás de rodar; como que las partes de tu cuerpo estuvieran separadas de vos. Vos venís acá para que te ayude a juntar las partes de tu cuerpo y así puedas frenarlo”. Un día decidimos confeccionar camisetas con afiches de papel en el dispositivo grupal. Cada niño delimitaba con fibrones en la hoja el cuerpo de su compañero. Esto apuntaba a trabajar la ubicación del cuerpo en el espacio. Establecer los límites del propio cuerpo produce reconocimiento de los límites del cuerpo del otro.

Durante la asamblea, Manuel refirió constantemente historias en las que era agredido por otro (su madre o compañeros de escuela),

<sup>7</sup> Aunque bien puede operar como criterio en el análisis de otros niños al momento de evaluar la pertinencia de una indicación de esta instancia de trabajo grupal.



o que algo malo le pasaba, –se lastimó, o se cayó del techo, o de un banco de la plaza. Efectivamente había llegado al grupo con el cuerpo lastimado por raspones, picaduras o quemaduras, como si el límite del cuerpo le fuera dado por la experiencia de dolor. En los primeros tiempos de su participación en el grupo, los comentarios que traía a la asamblea no tenían relación con lo que el resto de los miembros del grupo ponía en común. Por ejemplo, si se venía hablando de lo bien que se había podido jugar en equipo, dando pases, etc., él comentaba sobre la decapitación de soldados en un juego de Internet que jugaba su hermano.

### **III. En nombre propio: el placer de tomar la palabra**

Al cabo de dos años constatamos una serie de progresos psíquicos sostenidos. Por un lado, al interior del dispositivo de juego grupal: fue posicionándose en la cancha y con respecto a los otros niños del equipo de modo tal que identificaba a los demás para los pases, no se chocaba con ellos, iba a la búsqueda de la pelota midiendo sus movimientos y anticipando, a veces, una jugada que requiere precisión y cálculo. En el momento de la asamblea tomaba la palabra con placer y sus aportes no eran desgajados del contexto sino todo lo contrario. “Bueno, acá, los que venimos desde hace más tiempo, tenemos una historia más larga para contar”, “nos hemos hecho amigos”, ha expresado. “Para que el niño reencuentre propiamente una palabra personal, necesita antes que nada poder desprender su verdad de los deseos de muerte y de las múltiples formas de alienación en las que se perdió en la fijación con otro” (Mannoni, 1980, p.24). En muchos casos introducía el humor y su discurso estaba provisto de elementos propios de cierta experiencia cultural: explicaba a un compañero

dónde se hallaba ubicado el continente africano, nombraba algunas aperturas del ajedrez, llevaba un registro de los resultados de los partidos de la liga europea y nacional, conocía qué jugadores de fútbol pertenecían a cada equipo. Su interés por el fútbol y la destreza adquirida, lo acercaron mucho a su padre.

El fútbol, como un modelo privilegiado por su papá, por el grupo y por el conjunto, se constituyó para Manuel en una nueva referencia que representaba lo que el Yo espera devenir. “Cuando yo sea grande quiero ser jugador de fútbol”, fue la primera enunciación de un proyecto que manifiesta el acceso del niño a la conjugación de un tiempo futuro. Se estableció algo muy interesante entre el niño, su padre y el grupo: el padre pedía hablar con nosotros cuando, al jugar al fútbol con su hijo, notaba que no se paraba bien en la cancha o que corría sin frenos, o que, cuando buscaba la pelota iba al choque con el otro. Y atribuía la presencia de estos indicadores a sucesos en la vida familiar que pudieron afectar a su hijo, y nos lo comunicaba con la intención de colaborar en el restablecimiento del niño. El partido se transformó en una suerte de espacio analítico que permitía balizar, a partir de cómo jugaba Manuel, los momentos en que la experiencia se le sustraía a la palabra, así como también advertía el trabajo de simbolización que quedaba por propiciar.

Por otro lado, hubo progresos al interior del espacio de análisis individual: el “juego de las carreras” empezó a incluir semáforos y se delimitó con precisión una pista de carrera. Estableció un sistema de reglas con respecto al exceso de velocidad de los vehículos: si hay exceso de velocidad, el conductor puede quedar descalificado o recibir una multa. Las personas y animales que representaban al público ya no estaban amontonados e indiscriminados. Los animales erguidos se ordenaron en torno a un árbol o vegetación que servía de alimento, y los hombres ya no los mataban sino que observa-

ban atentamente la carrera, todos dentro de un cerco infranqueable que los autos podían chocar pero no romper. Las torres que construía con piezas de encastre se afirmaban al piso y no tambaleaban. La producción gráfica adquirió una complejidad notable. En cuanto a los sueños, adquirieron paulatinamente otro estatuto. La insistencia de la repetición de sueños persecutorios que revelaban en la angustia de la pesadilla el goce del Otro, dejó lugar a unos del tipo: “Soñé que era músico y dirigía una orquesta”, o “Estábamos en un campo con los compañeros de la escuela comiendo un asado”. Espontáneamente comunicaba asociaciones ligadas a restos diurnos de otro carácter, donde no aparecía en primer plano la muerte. Cedieron las auto y heteroagresiones, y empezó a pasar de grado con buenas notas.

### **El hospital pensado a través del juego**

La propuesta que hemos planteado acerca de la articulación entre el espacio individual y un dispositivo grupal como estrategia clínica ha sido pospuesta en el tiempo histórico como consecuencia de la brutal represión que sufrió la grupalidad en nuestro país desde la última dictadura militar. Incluso, la desestimación de lo grupal viene reforzada desde cierto discurso psicoanalítico que legitima y alienta a que cada uno se ocupe de sus propias cosas, como criterio de salud. No debemos olvidar que llevamos más de un siglo de psicoanálisis, que en sus expresiones dominantes ha comulgado con el discurso capitalista, como por ejemplo en este punto: el de poner en el mismo estatuto cierta normalidad al individualismo como parámetro para la acción. Estas cuestiones no son objeto central de este artículo, pero estuvieron alojadas en las interrogaciones que dieron origen a la propuesta. Pensar en lo grupal en sus aspectos teóricos

desde el psicoanálisis de cara a la población de niños que atendemos, y en sus aspectos políticos de cara al conjunto de los trabajadores al interior del hospital, comporta interpelar la posición ideológica hegemónica.

La introducción y puesta en valor del jugar en la institución hospitalaria hizo posible un lugar para la niñez: para que haya infancia es imprescindible que haya juego. Pensar al juego como el vector que atraviesa las diferentes modalidades de la asistencia en salud mental de la población infantil tiene el carácter de una propuesta identificatoria primordial. Concebir el jugar como operador estructural de transformación de lo otro del mundo externo y de lo otro interior es equivalente a entenderlo como un trabajo psíquico: el niño hace un trabajo con el juego pero el juego lo trabaja a él. El grado de organización psíquica que le permitió lograr a Manuel el hecho de jugar en transferencia con otros constituye una muestra.

Esta experiencia del dispositivo clínico grupal permitió la apertura a una serie de interrogantes sobre el acceso de los niños al juego y a la tarea de elaboración psíquica que comporta. ¿Cómo hacer accesible este derecho desde un hospital público sin patologizar los primeros tiempos de la vida? ¿Podría devenir clínico un espacio que habilite a jugar pero que no esté destinado solamente a nuestros pacientes? La transformación que produce el juego de los niños también se produjo en los trabajadores: la institución pudo empezar a analizarse a través del jugar, lo cual nos condujo a realizar una articulación con otros sectores del hospital por los cuales circulaban niños. La sala de espera en la guardia pediátrica, odontología, las internaciones médicas y por crisis en salud mental infanto-juvenil se constituyeron en lugares a donde llevamos el juego y donde logramos observar la serie enorme de dificultades para poder jugar que tiene la po-



blación infantil que se asiste en la institución hospitalaria, dificultades que se traducen en fracasos graves de estructuración psíquica y en sintomatología cuya fijación compromete el futuro del sujeto. En este punto se inscribe la creación de una ludoteca. Este dispositivo de juego abierto a los niños de los barrios cercanos al hospital ofrece una serie de talleres cuyo eje común es posibilitar soportes lúdicos al acto de nombrar los afectos. Propiciar condiciones para promover procesos de simbolización en la infancia. Identificar los fracasos graves en estos procesos. Intervenir analíticamente para que la vivencia devenga experiencia subjetiva. Todo esto es analítico y político, entendido esto último como provocación de la ocasión para que alguien pueda jugar y hablar y aparecer como sujeto.

### Referencias

- Aulagnier, P. (2004). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Bleichmar, S. (2001). *Clínica Psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- (2010). *Psicoanálisis Extramuros*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Entreideas.
- Freud, S. (1998). *La interpretación de los sueños* (1900). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, Obras completas, Volumen 5.
- (1998). *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1932), 29ª: Revisión de la doctrina de los sueños. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, Obras completas, Volumen 22.
- Mannoni, M. (1980). *Psicosis infantil*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Visión.
- Vainer, A. (2002). Entrevista a Armando Bauleo. *Revista Vertex*. Volumen 13, (50), p. 303.
- Volnovich, J.C. (Mayo de 1998). Varones argentinos. El fútbol como organizador de la masculinidad. *Revista Actualidad psicológica*, (253), p. 5.